

dencia, y llevó á ellos, según sus preferencias, ora á maestros seculares ora á congregacionistas. En muchos de esos establecimientos, los jesuitas fueron reemplazados por padres del Oratorio ó por benedictinos. En 1789, había en Francia 562 colegios á los que asistían 72.747 alumnos; y el P. Montesquiou calculaba que la Revolución había quitado á los colegios 30 millones de rentas.

VII.—Actividad de los obispos fuera de la Iglesia

La administración espiritual no basta á la actividad de ciertos obispos, que opinan que tienen algo más que hacer que redactar pastorales, confirmar á los niños, visitar á los párrocos y ser, como decía el P. de Vermond, «labradores de diócesis,» y que es de interés para la Iglesia que intervengan en la vida pública y aumenten el bienestar de las poblaciones y los recursos y las riquezas del reino. Larga es la lista de las obras á que los obispos no están obligados y á las cuales, sin embargo, consagran su tiempo y su trabajo: sociedades agrícolas, sociedades de socorros á los incendiados, supresión de la mendicidad, juntas de caridad, montes de piedad, vacuna, cursos de partos. Toda esa labor produce la impresión de un episcopado inteligente, abierto á las ideas del siglo y que aspira á desempeñar un gran papel social como si los deberes del santuario le pareciesen un poco anticuados.

El clero ha dado un gran contingente de economistas: el P. Roubaud, el P. Baudeau, el P. Morellet, ese gran compilador de hechos y de cifras; y aun ha podido decirse que Turgot, cuando estudiaba en la Sorbona y se llamaba el P. Brucourt, había ya formado definitivamente sus ideas primordiales sobre la administración pública. Un gran número de eclesiásticos ocupan teóricamente de agricultura, de comercio, de industria, de aduanas interiores, de monedas y de cambio, y publican memorias, libros y revistas sobre la producción, la circulación y el consumo de las riquezas. Varios discípulos de Turgot, de la Sorbona, la mayoría de los cuales fueron obispos, como los dos Ceci, Lomenie de Brienne, Boisgelin y el P. Veri, y en la generación siguiente el P. Perigord, es decir Talleyrand, el P. Montesquiou, y algunos plebeyos á quienes la Revolución reservaba altos destinos, como el P. Sieyès, el P. Maury, el P. Luis, con sejero-clérigo del Parlamento de París y futuro ministro de Luis XVIII, preocupábanse más del reino de Francia que de la Ciudad celestial.

Los territorios de Estados, Langüedoc, Bretaña, Artois, Borgoña, Provenza, Condado de Foix, Bearn y Navarra, son un excelente teatro de actividad temporal para los obispos. Los prelados presiden las asambleas de aquellas provincias, dirigen los debates, inspiran las revoluciones, toman parte en la votación y en el reparto de los impuestos y se interesan por las obras públicas; por esto el clero joven solicita las diócesis de territorios de Estados «á los que iba unida una parte de administración,» como decía Morellet á propósito de Brienne.

El arzobispo de Aix, Boisgelin, presidente de «la asamblea de los procuradores de Provenza,» y otros dos obispos provenzales, Bausset obispo de Frejús y

Suffren de Saint-Tropez, obispo de Sisterón, desecan pantanos, construyen canales y riegan tierras áridas; el obispo de Autún, Marbeuf, presidente de los Estados de Borgoña, hace reparar las carreteras de las diócesis de Auxerre, que es una comarca perdida; el obispo de Arrás, Conzié, presidente de los Estados de Artois, reparte más equitativamente los impuestos; y el obispo de Lescar, Noé, presidente perpetuo de los Estados de Bearn, denuncia al rey los abusos del poder.

El Langüedoc con sus «Estados generales» y sus veintitrés asambleas particulares de diócesis, es el territorio propio de los obispos administradores. El arzobispo de Narbona, Dillón, presidente nato de los Estados, elocuente, activo y autoritario, despacha prontamente los negocios y bajo su inspiración constrúyense puentes y el canal de los Dos Mares y se fomentan la agricultura, el comercio, las manufacturas y las artes. En Albí, en Montaubán, en Lavaur, en Lodeve, en Alais y en Agde, los obispos construyen carreteras y puentes y fundan manufacturas. El obispo de Castres, Barral, transforma aquel territorio abriendo carreteras al través de la montaña para unir su capital, á la que la primera vez había tenido que ir en silla de manos, con las capitales del Langüedoc, Tolosa y Montpellier, dibujando él mismo los planos, señalando el trazado y vigilando las obras; funda una manufactura de algodón; y convierte y reembolsa la deuda de Castres; crea, antes que Turgot, talleres de caridad y antes que Parmentier recomienda como alimento la patata. Gran conocedor de todo lo concerniente á caminos, ingeniero, hacendista, industrial y agrónomo Barral es el tipo representativo de una especie nueva de obispos.

Fuera de los territorios de Estados, muchos obispos dedicanse también á cosas de administración pública y desempeñan el principal papel en las asambleas provinciales. Campión de Cicé, obispo de Rodez, que luego ocupó el arzobispado de Burdeos, fué el organizador, el consejero y el inspirador de la asamblea de la Alta Guiena, y «en su correspondencia con los procuradores-síndicos conservada en Rodez, no se habla más que de carreteras, de correos, de consumos, de yeguas, de navegación de los ríos, de comercio, de aforo de los vinos y de impuestos.»

Pero este «furor de administrar» alarmaba á algunas almas cristianas, habiendo con este motivo aparecido desde 1781 á 1783, cuatro *Lettres secrètes* (*Cartas secretas*) contra el nuevo papel del episcopado en las cuales se leía:

«La enfermedad de ser hombre de Estado ha malogrado las mejores cabezas; las solicitudes episcopales están hoy teñidas de un color político y parece que las fuentes del Evangelio han llegado á ser extrañas á nuestros prelados.»

En dichas cartas, trátase al obispo-administrador de «especie de mestizo, medio sagrado, medio profano... un Jacquet ministerial, una pieza secundaria que se engrana en la máquina política...» y se le echa en cara que se rebaje, que decaiga:

«Tomar patente de corso en la oficina de la Intervención general para convoyar los dineros del rey, dirigir su entrega, determinar su seguridad... es hacerse

cónsul del Bajo Imperio cuando se puede ser emperador cristiano; es adornarse, por el capricho y la gracia de monseñor el ministro de Hacienda, con una especie de episcopado *in partibus* que degrada al otro.»

El arzobispo de Vienne, Lefranc de Pompignán, haciéndose intérprete de los obispos evangelistas, tales como Cristóbal de Beaumont, Juigné y el cardenal de La Rochefoucauld, se lamenta, en sus *Lettres à un évêque* (*Cartas á un obispo*), escritas desde 1777 á 1783, de la transformación del episcopado:

«Dícese que la dignidad episcopal ha perdido en el reino, como ministerio espiritual, su antigua consideración. Yo no niego que los perniciosos progresos de la incredulidad no influyan mucho en esta decadencia, pues el respeto al episcopado ha de disminuir en la misma proporción que el que á la religión se debe; pero... convengamos de buena fe en que, para restablecer el lustre del episcopado, no hay que salir del reino que le ha trazado Dios; permanezcamos en él, que tal restablecimiento está en nuestras manos»

VIII.—Las opiniones políticas de los obispos

El clero, rico, gran propietario y primer orden del Estado, manteníase adicto á las tradiciones, usos y libertades de la Iglesia galicana, cuya liturgia era por él substituída á la romana, en el siglo XVIII, en las tres cuartas partes de las diócesis. La *Teología* publicada en Lyon por Montazet, aunque afirmaba «la primacía de honor y de jurisdicción de la Santa Sede,» enseñaba que los concilios ecuménicos eran superiores á los papas y que el Sumo pontífice puede equivocarse aun hablando *ex cathedra* de las materias convenientes á la fe y á las costumbres. En cambio, otros manuales en uso en los seminarios de Francia guardaban silencio sobre la cuestión de la infalibilidad, pues el alto clero, en la lucha con el jansenismo, como en otro tiempo ante el peligro protestante, tenía interés en vivir en buena inteligencia con Roma. «La sede apostólica,» dijo la asamblea del clero de 1760, es «el centro de nuestro mutuo acuerdo;» y las asambleas se mostraron siempre resueltamente hostiles al galicanismo parlamentario que, adjudicando al rey y á sus funcionarios la policía del culto, conferiales el derecho de intervenir en el gobierno de la Iglesia. La asamblea de 1765 de claró:

«Los dogmas, los sacramentos, el culto de la religión, son bienes que no pertenecen á las potestades de la tierra... En vano se intentaría hacer objeto de policía algo de lo que la religión tiene de externo en su culto; sólo la tribu de Leví conservará siempre el derecho de tocar el arca de alianza.»

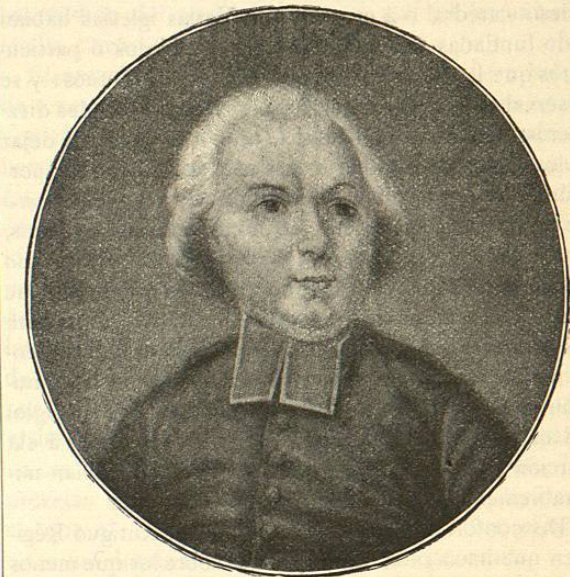
Esto no era, sin embargo, óbice para que el clero de Francia fuese profundamente realista:

«El amor á los reyes—declara el obispo de Alais, Beateville, cuando el advenimiento de Luis XVI—es para nosotros (franceses) un homenaje inmortal, una pasión hereditaria cuyos vínculos nos unen al trono más fuertemente que los que nos sujetan á la vida.»

Las pastorales de los obispos anuncian al pueblo el casamiento del rey, los embarazos de la reina y los nacimientos de los hijos de Francia. El obispo de Saint-Papoul, Maillé de La Tour Landry, celebra el natalicio

del duque de Normandía, en 1785, como si se tratara de otro Mesías: «*Evangelizo vobis gaudium magnum*. Os anuncio una gran alegría: Vamos á Belén—*Transseamus Bethleem usque*»—escribía á sus diocesanos y les invitaba á ir á venerar «al niño agosto, al hijo de la patria.» El clero creía en la unión indisoluble del trono y del altar y había conservado para la realeza aquella «segunda religión,» muy próxima á la primera, que predicaban los obispos del siglo XVII.

Sin embargo, á medida que nos acercamos á la Revolución, vemos que las nuevas ideas han penetrado en el alto clero. Algunos obispos hablan como liberales, como «nacionales;» quieren que la monarquía sea



El abate Maury

un «imperio templado;» pretenden que en materia de impuestos «la nación ha reclamado siempre invariablemente su consentimiento y su voluntad libre» y por consiguiente que «el pueblo francés no es imponible á voluntad,» é invitan á Luis XVI á que cifre su gloria en ser no «rey de Francia, sino rey de los franceses.» Y en el período electoral oiremos palabras graves salidas de labios de los obispos.

Es posible que ciertos obispos se dejasen seducir, como ciertos grandes señores, por las ideas liberales; pero la principal razón de aquel cambio es, sin duda, que el clero se ve gravemente amenazado por los ministros reformadores. El episcopado se enfada contra el despotismo cuando ve que éste atenta á sus inmunidades y no quiere en modo alguno separarse del rey para fundirse con la nación, sino que quiere continuar siendo el primer orden, distinto y privilegiado. Cuando sobrevino la gran crisis, habría formado un bloque contra la Revolución si no se hubiese visto abandonado por el bajo clero.

IX.—El bajo clero

Este bajo clero contaba 60.000 párrocos, vicarios y otros auxiliares ó «asistentes» que percibían sobre las rentas de la Iglesia de 40 á 45 millones. Entre esos párrocos los había muy bien dotados, sobre todo en

las grandes ciudades: los de San Leu y de San Eustaquio de París tenían 10.000 libras de renta y algunos del territorio de Caux, en Normandía, 20.000; en Lorena, en la diócesis de Nancy, de 168 curatos, 43 producían más de 2.000 libras. Pero la inmensa mayoría disfrutaba de un sueldo insuficiente y hasta miserable. El diezmo, cobrado sobre los frutos de la tierra y de los rebaños, primitivamente destinado al culto y a sus ministros, correspondía de derecho al párroco, y así se decía: «El párroco para ser diezmero no necesita más título que el campanario de su parroquia;» pero una parte de los diezmos había sido usurpada por los señores, y los obispos, en su cualidad de primeros pastores, percibían otra parte que asignaban al cabildo de la iglesia catedral ó á monasterios. Varias iglesias habían sido fundadas por congregaciones, cabildos ó particulares que las hacían regir por «vicarios perpetuos» y se reservaban una parte del diezmo, y esos «grandes diezmeros,» como se les llamaba, venían obligados á dejar á los párrocos una parte que se denominaba «la porción congrua.» Una declaración de 23 de febrero de 1686 había fijado en 300 libras, para los párrocos, esta porción, que, en 1768, había sido elevada á 500 libras para aquéllos y á 200 para los vicarios y que Luis XVI aumentará en 1786, hasta 700 libras para los primeros y 350 para los segundos; pero este aumento no era más que una compensación por la disminución del valor del dinero en el transcurso de un siglo; así es que dondequiera que se veían reducidos á «la porción congrua,» los párrocos y los vicarios vivían miserablemente.

De conformidad con el espíritu del Antiguo Régimen que hacía pesar los impuestos sobre los que menos podían soportarlos, el alto clero carga, hasta donde puede, sobre el bajo clero las décimas ordinarias y extraordinarias que se perciben por decisión de la asamblea general del clero para el pago del donativo gratuito.

«A los párrocos, aun los que están á porción congrua, dice el abogado del Parlamento, Gualtero de Biauzat, en 1788, se les imponen 60, 80 y hasta 120 libras, y á los vicarios que sólo viven del fruto de sus sudores, 22. Los 34.802 párrocos de Francia pagan, pues, á la caja del clero 3.897,024 libras anuales... Los grandes beneficiados y los prelados pagan, en proporción, mucho menos» (1).

El pie de altar, muy productivo en las ciudades, no produce casi nada en el campo, pues los aldeanos son mezquinos en punto á sacramentos y al sostenimiento de la iglesia y de la casa rectoral, produciéndose «contendidas continuas» que deprimen el alma del párroco «tanto como la agrían.» Párrocos hambrientos postulan ó mendigan, beben con sus feligreses y les venden la absolución. «La última clase del orden sacerdotal,» escribe un campesino en 1789, está formada «de las barraduras de las escuelas;» los sacerdotes «de caridad y de necesidad,» es decir, los ecónomos y los vicarios, «son tan groseros ignorantes como los pueblos» y en el púlpito se entregan «á indecentes familiaridades» y algunos, en la vida privada, «á desórdenes criminales.»

Por esto el alto clero desprecia al bajo y no lo admite

(1) Citado por Chassin, *Les cahiers des curés*, pág. 67

en sus asambleas generales (2), y si un párroco es llamado á las asambleas diocesanas para el reparto del diezmo, asiste á ellas como elegido del obispo, no como representante de sus colegas, aparte de lo cual el papel que allí desempeña es el de comparsa. Los párrocos son también excluidos de los Estados provinciales. En el Langüedoc, aun en las asambleas de diócesis, sólo entran unos pocos y no tienen mayor participación en las asambleas provinciales; en la del Alto Garona encontramos únicamente uno, y uno también en la de la Alta Normandía. Los párrocos de las diócesis de Nancy se quejan de que entre once eclesiásticos que toman parte en la asamblea provincial, no haya «más que uno de los suyos, y aun éste es deán de un cabildo.»

En teoría, el párroco propiamente dicho es inamovible, no pudiendo ser trasladado ni destituido sino por indignidad y por otras razones canónicas; pero de hecho los obispos se arrogan jurisdicción sobre los párrocos, como sobre los vicarios y los simples ecónomos; antes de nombrarlos hácenles firmar, á veces, el compromiso de que dimitirán á la primera intimación y en caso de necesidad se desembarazarán de ellos por medio de reales órdenes de destierro. A Lhermite, párroco de Trois-Valois, en Lorena, amigo de pleitos y cuestiones, el obispo de Saint-Dié, La Galaiziere, hizolo encerrar durante dos años en el monasterio de Herival, lo recluyó luego en un convento alsaciano y por último lo metió en la casa de corrección de Maxeville, cerca de Nancy, en donde estuvo preso desde 1780 á 1789.

Los obispos hacen sentir demasiado á los párrocos de todas categorías que son de otra raza que ellos, y hasta algunos prelados evangélicos desdeñaron á esos subalternos: Cristóbal de Beaumont jamás hizo visitas pastorales á fin de no tener que devolver á los párrocos sus finezas.

Un obispo, en una de esas visitas, mostróse muy amable con los párrocos; pero he aquí lo que de ellos escribe en 1777:

«Ahora visito á esos hermanos, á esos tutores, á esos árbitros del pueblo á quienes tanto he elogiado. Bueno es hablar como Fenelón, pero en realidad esas gentes á quienes tan bellas cosas pueden decirse no pueden entenderlas, pues son groseras, sucias é ignorantes y menester es que á uno le guste mucho el olor apestado del ajo para hallarse bien en compañía de esos intermediarios entre el cielo y la tierra.»

Los párrocos tuvieron sus defensores. En 1776 publicóse un libelo anónimo, *Droits des curés et des paroisses* (*Derechos de los párrocos y de las parroquias*) en el que se sostenía que los párrocos son amos en sus parroquias, que deberían compartir con los obispos el poder de definir la fe, y que por el sólo hecho de su ordenación tienen el poder de las llaves «y el uso de este poder,» sin que los obispos puedan privarles de él por razón alguna. Era aquella una obra de inspiración jansenista; el partido, abandonado por el episcopado, procuraba apoyarse en los párrocos. Pero á éstos lo que más les dolía era su miseria; el de Marolles, en Nor-

(2) El segundo orden, que así se denominaba al bajo clero en aquellas asambleas, sólo estaba representado por los grandes beneficiados, los abades y los canónigos, con exclusión de los párrocos y de los vicarios. El bajo clero es, en realidad, un tercer orden, un tercer Estado de la Iglesia.

mandía, escribirá en 1789 esta violenta queja que respira odio:

«Nosotros, infortunados párrocos de porción congrua; nosotros, generalmente encargados de las parroquias más difíciles;... nosotros, cuya suerte hace gritar hasta á las piedras y á las vigas de nuestras miserables rectorías,» sufrimos á unos prelados «que mandarían aún algunas veces incoar por sus guardas un proceso contra el pobre párroco que cortase en sus bosques un bastón, único apoyo en sus largas peregrinaciones por toda clase de caminos.» Al paso de aquéllos, el pobre hombre «se ve obligado á arrojarle á tuestas á lo largo de un talud para evitar las pisadas y las salpicaduras de sus caballos y también de las ruedas, y quién sabe si el latigazo de un cochero insolente;» y luego, «lleno de barro, con su mísero bastón en una mano y su sombrero en la otra ha de saludar humilde y rápidamente, al través de la portezuela del coche cerrado y dorado, al jerrarca postizo que ronca sobre la lana del rebaño que el pobre párroco va apacentando y del cual sólo le deja aquél los excrementos y el churre (1).»

En varias ocasiones, durante el siglo XVIII, los párrocos se habían reunido aquí y allá, sin autorización de su obispo, para tratar de mejorar su suerte; los parlamentos habían aprobado algunas veces aquellas asambleas, pero el Consejo de Estado las había condenado siempre. En tiempo de Luis XVI los párrocos reanudaron aquellas reuniones y en 1779 algunos de Provenza y del Delfinado se sindicaron á fin de obtener un aumento de porción congrua. En un informe de la agencia general del clero se lee á este propósito:

«Nombraron síndicos, deliberaron, presentaron memorias, nombraron diputados en París, un síndico general y un recaudador de contribuciones; formaron un comité permanente que debía ser el centro de la correspondencia, y sus asambleas fueron autorizadas por los decretos de los parlamentos de Provenza y del Delfinado.»

El alto clero consiguió del rey la declaración de 9 de marzo de 1782, que prohibía á los párrocos reunirse en asamblea y nombrar síndicos; pero los párrocos del Delfinado siguieron reclamando y el rey acabó por ordenar en 1786, como se ha visto, el aumento de la porción congrua.

Pero los párrocos querían más y algunos laicos les aconsejaban casi la insurrección; Servant, ex abogado general del parlamento de Grenoble, deciales en una *Exhortation pressante aux trois ordres de la province du Lanquedoc* (*Exhortación apremiante á los tres órdenes de la provincia del Langüedoc*):

«¿No acabaréis nunca de temblar, prosternados ante vuestros obispos?.. Despertad y sed libres bajo la égida de las leyes. Jamás podré creer que hombres que han leído siquiera algunas páginas sobre los derechos del ciudadano, puedan soportar sin cólera la idea de ver pisotear, aplastar sus cabezas por puñados de hombres forasteros en la provincia y á veces extranjeros en el reino, elegidos todos por la intriga en Versalles y consagrados por la avaricia en Roma.»

Algunos párrocos habían leído ciertamente «páginas sobre los derechos del ciudadano;» y los hay, por

(1) Citado por Taine, *L'Ancien Régime*, I, pág. 118-119.

ejemplo que dicen, en 1788, en una *Mémoire pour les curés de France touchant la convocation des Etats généraux* (*Memoria para los párrocos de Francia sobre la convocation de los Estados generales*) que ellos son «la substancia del clero» y piden una representación propia, libremente elegida, en los Estados generales. Y en un folleto, *Les curés du Dauphiné à leurs confrères les recteurs de Bretagne* (*Los párrocos del Delfinado á sus colegas los párrocos de Bretaña*), se lee:

«Los obispos son los jefes de la jerarquía eclesiástica pero... en materia civil y política, no son sino ciudadanos como nosotros... ¡Que nos dejen tener ideas propias!.. El interés del pueblo y de los párrocos son inseparables. Si el pueblo sale de la opresión, los párrocos saldrán del envilecimiento en que les ha sumido el alto clero.»

El antagonismo entre el alto y el bajo clero había de tener consecuencias graves; pero el alto clero no se preocupó de ello sino que despreció é hizo padecer hambre á la democracia clerical, sin sospechar que ésta pudiera tomar el desquite. Aquellos obispos, sin embargo, no carecían de méritos ni de virtudes; tenían los defectos de la clase social de donde procedían, pero tenían también sus buenas cualidades. Ligeros, despreocupados y mundanos, eran, en su mayoría, inteligentes é instruídos, y más aún que la aristocracia de la que salían eran capaces de organizar y dirigir un *self government* provincial ejercido por las clases elevadas y en provecho de ellas y hasta de tomar parte en las tareas de la alta cámara de un Parlamento. No preveían una resolución rudamente igualitaria, y parece que al aproximarse la Revolución, entre el alto clero fué donde menos se temió por el porvenir.

CAPÍTULO III

LA NOBLEZA (2)

I. La alta nobleza. — II. La nobleza media y pequeña. — III. El descontento.

I.—La alta nobleza

La nobleza de Francia es menos conocida que el clero, puesto que no tiene verdadera jerarquía, ni cuerpos territoriales, ni asambleas regulares con actas publicadas, sino que se nos presenta como una gran

(2) FUENTES: Memorias de Malouet, Augeard, Besenval, Garat, d'Argenson, Segur, Bouillé Des Cars, *Mémoires de Norvins*, ya citadas. Chateaubriand, *Mémoires d'outre-tombe*, pub. por Biré, t. I, París, 1900. A. Young, *Travels in France during the years 1787, 1788, 1789*, pub. por miss Betham Edwards, Londres, 1905 (véase la crítica de las traducciones francesas de esta obra, por Pariset, en «La Revolution française,» 1896). *Mémoires*, de Franclieu, París, 1800.

OBRA DE CONSULTA: Taine, *Les origines de la France contemporaine. L'ancien régime*, ed. París, 1906, 2 vol. Boiteau, *État de la France en 1789*, 2.ª ed. París, 1889. De Vaissière, *Gentilshommes campagnards de l'ancienne France*, París, 1903. Id. *Lettres d'aristocrates*, París, 1907. Champion, *La France d'après les cahiers de 1789*, 2.ª ed. París, 1904. D'Haussonville, *Le salon de Mme. Necker*, París, 1882, 2 vol. Fernando Dreyfus, *Un philanthrope d'autrefois, La Rochefoucauld-Liancourt*, París, 1903. See, *La portée du régime seigneurial au XVIII^e siècle*, en la «Revue d'histoire moderne,» 1908. De Lomenie, *Les Mirabeau*, París, 1879, 2 vol.